

que nos hacían echar dos siestas”, o en la perplejidad: “La vida es rarísima porque no hay dos días iguales”. Aunque algunas veces, muy pocas, el aforismo se queda en opinión, por lo que se le resta la magia del pensamiento irónico: “En Internet está todo, excepto lo importante”. Qué duda cabe, que gracias a Internet, y a sus limitaciones, podemos seguir disfrutando diariamente de Ramón Eder.

A un aforista, también a un jaiyin, lo he dicho muchas veces, se le considera por el número consecutivos de aciertos. Los libros de Ramón Eder son una fiesta para la inteligencia. “Los buenos aforismos –dice Eder en uno de sus textos- tienen, por lo menos, dos lecturas”. Sus *relámpagos* admiten una relectura continua. Son aforismos que nos reconcilian con la vida y sus tremendas paradojas. ■



*ALFONSO REYES, GRECIA, PRÓLOGO Y SELECCIÓN DE TERESA JIMÉNEZ CALVENTE, MÉXICO: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA Y CÁTEDRA ALFONSO REYES DEL INSTITUTO TECNOLÓGICO DE MONTERREY (COLECCIÓN CAPILLA ALFONSINA. ANTOLOGÍAS TEMÁTICAS CON TEXTOS DE ALFONSO REYES, NÚMERO VIII), 2012.*

ÁLVARO BUSTOS (UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID)

La obra de Alfonso Reyes Ochoa (Monterrey, 1889-México, D. F., 1959) es tan extensa y diversa que invita a su segmentación antológica con arreglo a varios criterios, especialmente los de orden temático. Agrupar y seleccionar el material implica, en cualquier caso, un verdadero atracón de lectura, aunque en todo momento se cuenta con la ayuda potencial del DVD *Alfonso Reyes Digital. Obras completas y dos epistolarios*, Madrid: Fundación Hernando de Larramendi-Fundación MAPFRE TAVERA-Fondo de Cultura Económica, 2002, que recoge los 26 tomos de sus *opera omnia*, además de la correspondencia con Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri.

Con fecha posterior, se han editado las epístolas cruzadas con otros tantos intelectuales argentinos. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Serge I. Zaitzeff, *Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto F. Giusti*, México: El Colegio Nacional, 2000; *20 epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, México: El Colegio Nacional, 2008; *Correspondencia 1923-1957. Alfonso Reyes-*

*Arnaldo Orfila Reynal*, México: Siglo veintiuno editores, 2009; y *Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2009. Por su parte, Marco Antonio Silva Martínez ha editado el para nosotros interesantísimo volumen *Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel: correspondencia*, Buenos Aires: Archivo General de la Nación, 2001.

Estoy seguro de que, además de los epistolarios citados, otros irán viendo la luz. Es lo que cabe esperar de un archivo personal tan rico como el suyo; de hecho, en la Capilla Alfonsina de México DF se han contado unos dos mil ochocientos destinatarios y remitentes distintos. De especial importancia es el conjunto de 44 cartas cruzadas con Werner Jaeger (véase Sergio Ugalde Quintana, editor, *Amigo en tierras ajenas. Correspondencia Alfonso Reyes / Werner Jaeger (1942-1959)*, México: El Colegio de México, 2009), que recogen las circunstancias relativas a un libro de Reyes de especial interés para el caso

que nos ocupa: *La crítica en la Edad Ateniense*, México: El Colegio de México, 1941. Jaeger, a la sazón catedrático en Harvard, dedicó todo tipo de elogios al ensayo y a su autor, sobre todo cuando se enteró de que Reyes no era propiamente un helenista. Hubo una razón adicional para tan largo carreo: el español Joaquín Xirau trabajaba en ese momento en la traducción de *Paideia. Die formung des Griechischen Menschen* (1934), una labor rematada por Wenceslao Roces (México: Fondo de Cultura Económica, 1945).

Un Alfonso Reyes selecto y por entregas: éste es el fin que persigue la serie de volúmenes publicados por iniciativa de otro intelectual y ensayista mexicano, Carlos Fuentes (fallecido pocos días antes de que este nuevo tomo viese la luz) y con el apoyo entusiasta de dos instituciones culturales mexicanas del mayor prestigio, ligadas ambas, aunque de distinto modo, a la vida y obra de Reyes. Grecia y el mundo griego —con la todopoderosa proyección de la cultura helénica en el siglo XX, a impulsos del academicismo más rancio o de un vanguardismo innovador y hasta iconoclasta (como prueba, me basta apuntar el cuadro de Federico Comps escogido para la cubierta de Andrés Ortega Garrido, *Vanguardia y mundo clásico grecolatino en España*, Madrid-Francfort: Iberoamericana-Vervuert, 2012)— se constituyen en un asunto recurrente, en una unidad temática perfectamente definida, aunque aparezca diseminada por toda la obra de Reyes.

Que así sea se debe a que Reyes, yendo tras sus propias raíces culturales, no cesó de buscar en los recovecos más profundos de la cultura occidental. El estudio de la Antigüedad constituía para él un ejercicio grato y necesario por sí solo, que no precisaba de justificación alguna; sin embargo, la llamada de Grecia la sintió con toda nitidez en cada una de las moradas en que Reyes se detuvo, particularmente en el Madrid regeneracionista del Centro de Estudios Históricos (dirigido por don Ramón Menéndez Pidal), en el dinámico Buenos Aires de los años previos a la Segunda Guerra Mundial (donde fraguaron amistades que nunca dejó de cultivar) y en un París convertido en meca de todo tipo de intelectuales, artistas y curiosos, tras el abandono en masa de una Roma

asociada al academicismo más estricto (por eso, fue destino temporal de todo artista que se preciase, entre el Quattrocento tardío y las postrimerías del siglo XIX).

De ese modo, al marchar en la dirección contraria al sol, Reyes desandaba el camino natural de la historia, que iba de Oriente a Occidente, de acuerdo con la *translatio imperii atque studii*. En la ruta que se había trazado, Grecia era el destino último, aunque su curiosidad insaciable lo llevase ocasionalmente hasta Egipto y las culturas del Medio Oriente. Aquel, además, no era territorio ajeno, sino todo lo contrario: allí estaban las bases antropológicas, culturales y religiosas de Europa y, gracias a la gesta de Alejandro Magno, allí cuajó la primera de todas las leyendas europeas, activa desde el siglo IV a. C. hasta hoy mismo. En el Medievo, la hazaña de Alejandro Magno incitó a seguir sus pasos a aventureros, comerciantes y religiosos, que llegaron hasta la India, Catay y el mar de China, donde se hallaba la isla de Cipango, esto es, Japón. Huelga decir que la leyenda del macedonio está en los orígenes de los viajes de Colón y demás descubridores. El sueño de Alejandro es —no lo olvidemos en ningún momento— el sueño de Europa entera. Aunque hay otros, su fruto principal fue, sin duda, el descubrimiento de América.

La calidad de su prosa —elegante y precisa, con un regusto manierista que no da nunca en el exceso— y un ideario que no ha perdido ni un ápice de su atractivo y vigencia funcionan como el más potente de los revulsivos para el público mexicano, el lector de habla española o un destinatario internacional culto, exigente y, por supuesto, convenientemente preparado para degustar los mejores frutos de la palabra en la lengua de Cervantes. A los tres, por igual, alcanzan las lecciones de ese espejo de polígrafos que fue Alfonso Reyes. Y es que Reyes es todo lo contrario del autor local, del periodista provinciano que aborda asuntos de escasa importancia, intrascendentes y prescindibles, con el estilo frívolo que espera —en realidad, habría que escribir *exige*— el aficionado a este tipo de crónicas.

Mexicano y cosmopolita, conciliador del indigenismo y la tradición cultural de Occidente (en

la mayoría de los casos, gracias a los lazos históricos que unen a América con España), Reyes esquivó cualquier circunstancia que pudiese mermar su libertad de expresión; para ello, no sólo se mostró refractario a ciertas maneras de escritura, sino que puso tierra por medio cuando lo consideró imprescindible para salvaguardar su independencia de criterio y, sobre todo, para preservar su vida. Las estancias prolongadas en el extranjero eran, por otra parte, inevitables para quien, como era su caso, desempeñó distintos cargos diplomáticos. Ya he señalado lo provechoso que resultó su paso por Argentina, a la que, desde entonces, quedó estrechamente vinculado. Aquel contacto inicial facilitó la relación con el Instituto de Filología de Buenos Aires en su momento de mayor esplendor, allá por los años cuarenta.

Allí estaba su maestro, el dominicano Pedro Henríquez Ureña; allí estaba Amado Alonso, el genial filólogo navarro, que pronto acabaría instalado en Harvard; allí daban sus primeros y seguros pasos los argentinos Raimundo Lida y María Rosa Lida, su hermana. Si con Henríquez Ureña el carteo inicial lleva datas tan tempranas como 1907, con los Lida la correspondencia abarca de los años cuarenta a los cincuenta; a ella, helenista en origen, Reyes le dedicó algún que otro poema. En aquel ambiente bonaerense, estimulante como pocos, cuajó una publicación periódica

extraordinaria: la *Revista de Filología Hispánica*, cuya corta vida se prolongó gracias, al entusiasmo, el tesón y la sensibilidad de Alfonso Reyes y a la llegada de Raimundo Lida a El Colegio de México. Seguramente, ni hace falta decir que se trata de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vinculada desde entonces hasta hoy mismo a esa gran institución mexicana.

El volumen objeto de la presente reseña, como todos los demás que han ido viendo la luz, nos sitúa ante ese gran ensayista que fue Alfonso Reyes. En realidad, es el mismo producto, de calidad contrastada, que espera al lector en cada una de las entregas que en su día proyectó Carlos Fuentes. Sirvan estas líneas de aplauso a su idea de conjunto, a la fijación del tema de cada volumen, a la selección de buena parte del material y, por lo que respecta a *Grecia*, al tino inobjetable a la hora de elegir a su responsable. Fue Julio Ortega, prestigioso hispanoamericanista de Brown University, quien le sugirió el nombre de la profesora Teresa Jiménez Calvente, reputada latinista y experta en cultura clásica de la Universidad de Alcalá de Henares. De que Carlos Fuentes acertó plenamente al encargar el volumen a esta fina estudiosa hay una prueba irrefutable: un prólogo perfectamente articulado, rebotante en datos e ideas y eficazísimo al realzar el valor de los textos de Alfonso Reyes. ■

